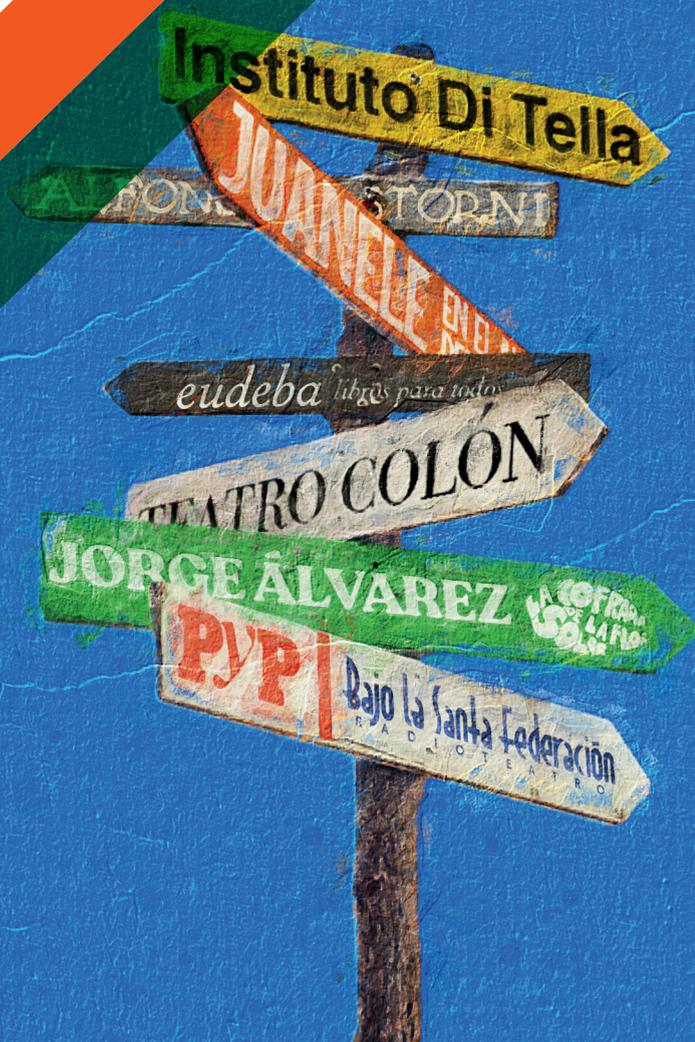


Carlos Altamirano

coordinador

Aventuras de la cultura argentina

en el siglo XX



Índice

Prólogo	11
<i>Carlos Altamirano</i>	

PARTE I METRÓPOLI

1. ¿De élite, democrático o plebeyo? Algunas notas sobre el origen del Teatro Colón y sus públicos	19
<i>Claudio Benzecry</i>	
2. Nosotros, la calle Corrientes y las transformaciones de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX	29
<i>Miranda Lida</i>	
3. El canto feminista. Poética y política en Alfonsina Storni	41
<i>Graciela Batticuore</i>	
4. De Buenos Aires al mundo: la trayectoria de Paul Groussac entre 1900 y 1929	53
<i>Paula Bruno</i>	
5. La carrera de un notable en una época en transición: Carlos Ibarguren entre 1895 y 1922	63
<i>Fernando Devoto</i>	

PARTE II INQUIETUDES EN TIEMPO DE ENTREGUERRAS

6. Rezarles a distintos dioses. Los Cursos de Cultura Católica en la historia intelectual del siglo XX	77
<i>José Zanca</i>	

- 7. El Colegio Libre de Estudios Superiores
y el clima antifascista de los años treinta** 87
Ricardo O. Pasolini

- 8. Una capital para el Frente Popular** 99
Ana Clarisa Agüero

(INTER)NACIONAL Y POPULAR

- 9. Anotaciones para un texto sobre la historieta
en la cultura argentina** 111
Oscar Steimberg

- 10. Ficciones de radio en los años treinta** 117
Sylvia Saïtta

- 11. El cine argentino durante la larga década de 1930** 133
Clara Kriger

LUCES INTERIORES

- 12. Pastoral correntina. La invención del chamamé
(1934-1944)** 147
Eugenio Monjeau

- 13. Una comunidad de intenciones. La Carpa:
momento mítico de la historia cultural del
noroeste argentino (1944)** 159
Sebastián Carassai

- 14. Arte, cultura y vanguardia en el Chaco. El Fogón
de los Arrieros** 171
Mariana Giordano, Alejandra Reyero

- 15. El noroeste de Tarja y de Tizón, Latinoamérica** 183
Alejandra Mailhe

- 16. Musas en el valle. Orígenes de una empresa cultural en Río Negro** **195**
Lila Caimari

LOS SESENTA

- 17. Libros para todos. Orfila Reynal, Boris Spivacow y la política editorial de Eudeba** **209**
Alejandro Dujovne

- 18. El Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella y el proyecto de una ciencia social en sintonía con el mundo** **225**
Alejandro Blanco

- 19. Un movimiento, una tradición** **235**
Martín Prieto

- 20. Sobre la revista *Pasado y Presente*** **245**
Diego García

- 21. Jorge Álvarez: aventuras de una editorial** **257**
Gonzalo Aguilar

DESOBEDIENCIAS

- 22. La Plata, ciudad de jóvenes. Rock y contracultura en una capital provincial** **275**
Fernando Aliata, Ana Sánchez Trolliet

- 23. Sótanos metafóricos** **289**
Mariana Canavese

- Notas** **299**

- Acerca de las y los autores** **327**

Prólogo

Carlos Altamirano

Este libro reúne veintitrés ensayos sobre pasajes de la cultura argentina en el siglo XX. Algunos de los textos ponen la atención en expresiones que, cualquiera haya sido su particular lenguaje artístico o intelectual, articularon sensibilidades, modos de pensar, experiencias, mundos de la imaginación. Otros se ocupan de iniciativas y movimientos, de individuos o de grupos, que crearon espacios y medios para que esas expresiones tuvieran alcance público: el teatro de ópera, las sociedades intelectuales, las revistas y las editoriales. La interrelación entre esas dos clases de hechos culturales es también objeto de estos ensayos. Como en el resto del mundo contemporáneo, se tratara de Europa o de países europeizados, la actividad cultural en la Argentina del siglo pasado no fue únicamente la de las minorías cultivadas. Al igual que en otras partes, fue también la de la radio, el cine, la historieta, mundos de significaciones que suelen enfocarse bajo el rótulo de “cultura de masas” o “cultura popular”.

Una cultura del Atlántico Sur: así identificaba Ángel Rama hace ya muchos años nuestra cultura moderna. La incluía dentro de una zona de América Latina que integraban la Argentina, Uruguay y las provincias sureñas de Brasil, de San Pablo a Río Grande del Sur, una zona “que tiene una dominante pampeana urbanizada, agrícola-ganadera, inmigratoria e industrializada, dentro de cánones modernizadores”. Rama se negaba a adoptar la noción de “cultura trasplantada” que algunos estudiosos habían propuesto por esos años, porque implicaba desconocer el activo papel de individuos y grupos en las operaciones de adaptación y amalgamas de que fueron objeto los elementos recibidos. En palabras de Rama: “La suratlántica es la cultura que más drásticamente se ha hecho cargo tanto de las virtudes como de las vicisitudes de esta concepción del universo generada en el marco noratlántico, dotándola de una inflexión peculiar”.¹ Allí, en esa incorporación activa y en la inflexión particular que le imprimía, radicaba para el crítico uruguayo algo así como el principio estructural de la cultura del Atlántico Sur en la que insertaba la nuestra. En la Argentina, el gran escenario de esa cultura ha sido Buenos Aires.

¿Cómo se formó esa cultura de este lado del Río de la Plata? En sus líneas generales la historia es conocida, también la fecha emblemática de su gestación, 1880. No porque todo comenzara entonces, sino porque esa fecha simboliza el gran envión. A partir de ese año una nueva generación de hombres públicos asume el timón de la república. Bajo la autoridad del general Julio A. Roca, esa élite –liberal como sus predecesoras–, en que se aunaron dirigentes políticos y una nueva promoción de la “clase cultural”, dio impulso más enérgico a las ofensivas modernizadoras del país. Las ideas de progreso y civilización seguían siendo principios rectores del credo reformador. Pero en términos de celeridad y escala, el tiempo que se inauguró fue el tiempo del gran cambio, se tratara de la inmigración europea, que se tornó masiva, o de las inversiones extranjeras, del desarrollo de la economía agropecuaria o de la escolarización de la población. La Ley 1420 de Educación Común, Gratuita y Obligatoria, aprobada bajo la presidencia de Roca en 1884, hizo crecer drásticamente, en el transcurso de dos décadas, la tasa de alfabetizados. Hacia 1910, esta superaba el 60% de los habitantes. Se han formulado diversas explicaciones para este fuerte interés en la acción de la escuela, desde la razón alegada por Sarmiento de que sin educación habría habitantes pero no ciudadanos, hasta la de quienes veían en la escuela tanto un medio de alfabetización como de argentinización o nacionalización de los hijos de los recién llegados.

“Europa. De ahí, provenía todo, la ciencia, el arte, la poesía, las ideas, las modas, los tejidos, la cocina”, escribió Roberto F. Giusti al hablar del ambiente intelectual de su generación a comienzos del siglo XX. Y, párrafos después, agregaba: “Europeísmo que en verdad era parisianismo puro”.² Las palabras de Giusti remiten a la cuestión de las lenguas y la autoridad cultural en el medio intelectual. Nuestra lengua era la de España, la de la Madre Patria o la de la Raza, como empezará a decirse ya en la década de 1890.³ Pero no era la lengua de la autoridad cultural en los círculos ilustrados. Durante décadas, esa magistratura del espíritu fue casi monopolio de la lengua francesa. No solo para las élites ilustradas de la Argentina, ciertamente. Como bien señala Anna Boschetti, París fue la “capital de la modernidad”, la ciudad donde se acuñaron términos que harían larga carrera, como los sustantivos “intelectual” y “vanguardia”, en el sentido artístico y literario.⁴ No todo –pero casi todo– provenía de esa capital, desde el naturalismo y el modernismo literarios hasta el *art nouveau*, desde la teoría del arte de H. Taine hasta los tratados de anatomía utilizados en la enseñanza universitaria de la medicina. ¿Cuándo comenzó a declinar la autoridad de París? No creo que esta sea de las cosas en que se puedan establecer fechas con precisión, ni suponer que

pueda ser la misma para todos los sectores del saber cultivado y de las élites intelectuales de la Argentina. En cuanto a la cultura de masas, el modelo estadounidense fue desde temprano importante en ella.

Hay otro hecho relevante para la sociedad que desde las últimas décadas del siglo XIX se gestaba a orillas del Río de la Plata: el enlace con las noticias del mundo. El caso Dreyfus es un buen ejemplo. Entre 1897 y 1899, los diarios de Buenos Aires tuvieron al día a sus lectores acerca de las novedades del proceso judicial que se le seguía en Francia al capitán Alfred Dreyfus, las divisiones en la opinión pública del país europeo y las intervenciones de Émile Zola, un autor muy leído en la Argentina, en defensa de la inocencia del oficial. Los órganos de la prensa local no solo informaban, sino que también disentían en cuanto a la actitud que cabía adoptar ante el *affaire*.⁵ La sociedad argentina (y esto quería decir sobre todo la porteña) era una sociedad conectada desde las últimas décadas del siglo XIX.

Es lo que nos hace ver un estudio de Lila Caimari, “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910”.⁶ Al igual que en ciudades de Brasil (Río de Janeiro, San Pablo) y Uruguay (Montevideo), observa Caimari, la conexión no provenía solo de los intercambios económicos o de la inmigración. También resultaba de la comunicación postal y por cable. La primera no solo era vehículo de cartas, sino de revistas y libros, y la segunda permitió que los diarios argentinos tuvieran al tanto a sus lectores sobre los sucesos del momento. En Buenos Aires, como en Montevideo, Río de Janeiro y San Pablo, la conexión atlántica “jugaría un papel estructurante, acompañando y potenciando el vasto proceso de ‘reeuropeización’ de dichas sociedades”.⁷

Se propusieron varias denominaciones para nuestra cultura moderna una vez que sus rasgos dejaron de considerarse obvios e inherentes al progreso de las cosas. “Cultura de mezcla” fue la definición elegida por Beatriz Sarlo para caracterizar la de Buenos Aires en las décadas de 1920 y 1930.⁸ Otros estudiosos (Néstor García Canclini, Eduardo Archetti, Peter Burke) adoptarán la noción de “hibridación” para dar cuenta de los cruzamientos y las amalgamas e insertarán la Argentina dentro de los casos de “hibridismo cultural”. Todas las culturas son híbridas, dice Burke. O sea, tejidas con telas de variada procedencia. Pero, agrega, “algunas son más híbridas que otras y en los momentos inmediatamente posteriores a los encuentros culturales se produce una hibridación particularmente intensa”. En Sudamérica, señala, los casos más elocuentes fueron los de Argentina y Brasil a finales del siglo XIX, “cuando una nueva ola de inmigrantes, esta vez italianos, amenazaba con romper el viejo equi-

libro cultural que existía, en Argentina, entre españoles y amerindios, y en Brasil, entre amerindios, portugueses y africanos”.⁹

Los veinte años que siguieron a la Gran Guerra que tuvo en Europa su teatro fueron años convulsionados, revueltos, de violencia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. La confianza en el progreso indefinido tambaleó. Se volvió corriente diagnosticar que el liberalismo se hallaba agotado o en crisis y aquí y allá se multiplicarían las soluciones autoritarias a esa vicisitud a la vez política y cultural. La “crisis del espíritu”, como la llamó Paul Valéry, hallaría eco también en las filas de la inteligencia argentina y agitaría las aguas de sus diferentes familias ideológicas. Bajo el título “Inquietudes en tiempo de entreguerras”, el segundo apartado del libro agrupa textos referentes a algunas de las direcciones que tomó entre nosotros la agitación que antecedió a la Segunda Guerra Mundial.

Los sucesos de los que se habla en las páginas que siguen ocurren en las ciudades. Hablamos de ciudades, en plural, porque los acontecimientos pertenecen a diferentes entornos urbanos, desde los variados ambientes de Buenos Aires al de quienes crecieron en sociedades de provincia. Estos provenían a veces de antiguos núcleos urbanos, como ocurrió con muchas de las capitales del interior; otros se desarrollaron aquí y allá, al compás de una modernización del país que fue desigual, pero que no dejó nada sin conmover. Tampoco quedó intacta la pampa, por cierto, no solo el área que recibiría el nombre de “pampa gringa”, sino también la campaña pastora del *Facundo*.

Ciertamente, el ámbito de las novedades –y también de la apetencia de lo nuevo, de estar al día– era la ciudad. Desde las últimas décadas del siglo XIX, en ninguna ciudad como Buenos Aires el raudal de las novedades fue más vertiginoso. En ese lapso, la capital argentina dejó atrás la condición de gran aldea para volverse una metrópoli de aire europeo en la pampa. Pero, como dijimos, no todo fue Buenos Aires en lo concerniente a la modernidad cultural, tampoco únicamente el litoral del país. La voluntad de modernismo cultural tuvo una cartografía más amplia, de múltiples núcleos y sedes. La cuestión remite, asimismo, a las relaciones siempre desiguales entre metrópoli y provincias, tanto desde el punto de vista material como simbólico. Para dar una imagen de esa diversidad de focos y situaciones, en este libro se han combinado dos ejes, uno espacial y otro temporal. En la sección titulada “Luces interiores”, se agrupan varios ensayos sobre expresiones de la voluntad cultural en provincias: iniciativas de grupo, creaciones literarias, gestación de ritmos musicales, en las que es característico un doble movimiento entre la afirmación de una raíz local y el polo de la gran metrópoli.

Por cierto, la porfía y la rivalidad fueron también formas de la relación con Buenos Aires, sobre todo si se presta atención a la cultura universitaria que se gestó en las ciudades de Córdoba y Rosario desde la segunda década del siglo.

La frase “los años sesenta”, cuando no simplemente “los sesenta”, se usa menos para hablar de una década estrictamente recortada que para aludir a un mundo de ideas y actitudes que tuvieron auge en esos diez años, aunque hubieran surgido tiempo antes o se hubieran prolongado en la década siguiente. Referida a los Estados Unidos, la expresión evoca las luchas contra la guerra de Vietnam y por los derechos civiles, el renombre de Herbert Marcuse y su crítica de la sociedad capitalista, el del movimiento contracultural *hippie*, en Francia fue el tiempo del estructuralismo erigido en paradigma tanto en el estudio de la vida de los signos como de la vida social, el de Michel Foucault y Roland Barthes, pero también el París de 1968. La Argentina tuvo también su cultura de los sesenta. Como en todas partes, sus principales protagonistas eran jóvenes de clase media con educación universitaria, un mundo social en fuerte expansión desde la década anterior. Los textos dedicados a Eudeba, a la editorial Jorge Álvarez, al Instituto Di Tella y las nuevas ciencias sociales, al movimiento literario en Rosario y a la revista *Pasado y Presente* en su etapa cordobesa evocan el espíritu de esa era.

Los dos últimos ensayos del libro están dedicados a movimientos y formas en que se expresó la infracción al orden autoritario antes y durante la dictadura militar que concluyó en 1983. Con la democracia y la libertad que echaron a andar ese mismo año, pudieron percibirse las mutaciones que experimentaba el mundo y que este ya no era el que había surgido en la segunda posguerra. Los puntos de referencia conocidos se trastornaron día a día. A fines de la década del ochenta, se disolvió el imperio del llamado “socialismo real”. Empezó a hablarse de globalización y de “nueva economía”, de mundialización de la cultura. El prefijo “post-” se antepuso a varias palabras, por ejemplo, a “modernidad”. Nuevos temas ingresaban en la vida pública, como el del cambio climático, el cuidado de la Tierra, y nuevos combates por la identidad cultural (étnica, de género, regional...). Aparecieron versiones renovadas de un discurso del siglo XIX, como el darwinismo social. ¿Es necesario mencionar los progresos tecnológicos (internet, redes, etc.)? La palabra “progreso” se mantuvo en el vocabulario político, pero ¿qué era ser progresista en la nueva era? Con el efecto de desfamiliarización, primero, y con la lenta familiarización posterior, se fue advirtiendo que otro tiempo estaba en marcha.